

Las hadas sin corazón

LAS HADAS SIN CORAZÓN

© 2013, **Ana Rosenrot**

Este libro es una obra de ficción. Los hechos, personajes, situaciones o diálogos son producto de la imaginación del autor. Aunque constan en la obra hechos históricos ocurridos en la vida real, cualquier semejanza con hechos, personas verdaderas, vivas o muertas son pura coincidencia.

Primera edición: Octubre 2015

ISBN: 978-84-8411-083-5

Depósito legal: B 25713-2015

Printed in Spain— Impreso en España

www.anarosenrot.com

Queda rigurosamente prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción distribución, comunicación pública y transformación, alquiler o préstamo público sin contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos de esta obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art.270 y sgts. del Código Penal).

Las hadas sin corazón

Ana Rosenrot

*L*a malvada bruja, haciendo uso de sus perversos poderes, hechizó a la hermosa princesa. Sopló sobre ella su aliento envenenado y la doncella se desmayó en el acto. Ya nadie volvió a verla reír, ni sus hermosos ojos castaños volvieron a posarse en el rostro de su amado príncipe. Permaneció postrada inmóvil, sumida en un sueño del que no volvería a despertar.

La bruja la encerró en una torre de plata y marfil y realizó un conjuro sobre la cerradura para que nadie pudiera abrirla. A partir de entonces se convirtió en la princesa encantada y el príncipe con el que se iba a desposar lloró amargamente durante cien días y cien noches, repitiendo una y mil veces su promesa de amor, mientras que la bruja sonreía malévolamente sin que un atisbo de compasión se asomara a sus ojos

La puerta de la inmobiliaria se abrió dejando entrar una bocanada de aire caliente. Laura se alegró infinitamente de contar con un buen aire acondicionado en la oficina aunque reconocía que no le hubiera importado pasar

un poco de calor con tal de terminar su tediosa jornada laboral que los días de verano se le hacía más larga de lo habitual.

Su jefe había entrado de buen humor, canturreaba a la par que su sonrosado rostro expresaba alivio al sentir el fresco de la oficina. Saludó cordialmente a Laura y a su compañero y se metió en su despacho.

—Hoy parece que viene de buen humor— murmuró Esteban guiñándole un ojo amistosamente a Laura que sonrió sin apartar la vista de la pantalla de su ordenador.

Quería cerrar lo antes posible el preacuerdo de compra-venta de un apartamento de la zona norte de Madrid. Su jefe le había prometido un par de días libres adicionales si lo conseguía y estaba a punto de lograrlo, siempre y cuando el comprador no se echara atrás en el último momento, aunque estaba segura de que eso no ocurriría. Había recurrido a su mejor sonrisa y, por qué no decirlo, a un leve coqueteo con el comprador para conseguir convencerle del todo. Suspiró cansada mientras imprimía el contrato, estaba deseando salir para fumar un cigarro. Ahora tan sólo era necesaria la firma y listo.

—Ese contrato te supondrá una buena comisión— comentó, no sin un leve tono de envidia, su compañero, un hombre de mediana edad, corpulento y que llevaba en sus venas un comercial en toda regla. Justo lo contrario de lo que le ocurría a Laura, que tras terminar la carrera de Económicas, el trabajo en una inmobiliaria era lo más decente que había podido conseguir y, en espera de algo mejor, allí seguía. Imaginaba que a sus treinta y un años cualquier empresa podría considerar que tenía experiencia suficiente como para optar a un puesto mejor y no había dejado de enviar curriculos a todas las ofertas de empleo que le parecían interesantes.

—Eso espero, pero no lo suficiente como para pagar unas buenas vacaciones— contestó ella con una sonrisa.

—¿A dónde piensas ir este año?

—A cualquier sitio lejos de aquí, quiero perderme en alguna isla desierta—
respondió Laura levantándose y dirigiéndose a la impresora.

Esteban contempló su cuerpo joven y esbelto enfundado en una blusa blanca que oprimía sus senos y una falda estrecha que marcaba sus formas. Suspiró con nostalgia, él sólo aspiraba a pasar una semana en algún pueblo de la costa, no demasiado caro pues ir con su mujer y tres niños suponía un gasto excesivo. Se recreó en el cuerpo de su joven compañera ahora que estaba inclinada sobre la impresora y podía ver el comienzo de sus blancos pechos. No hubiera dudado ni un segundo en tener una aventura con ella, de hecho incluso lo intentó cuando Laura comenzó a trabajar allí, le encantaba la mezcla de profesionalidad y la inocencia que emanaba de su flequillo infantil pero ella dejó las cosas bastante claras al respecto. Suspiró nuevamente con la certeza de que Laura le hubiera aportado un extra a su vida, pero tendría que conformarse con su monótona existencia de padre de familia.

—Salgo a fumar— dijo levantándose pesadamente— ¿quieres que te traiga algo?

—No, gracias.

Cuando Esteban salió a la calle sintió en su rostro una bofetada de calor que le hizo pensar que mejor que un cigarro sería una cerveza fría en el bar de la esquina.

Laura cogió el contrato y se dirigió a la puerta del despacho de su jefe.

—Bien— dijo el hombre con una sonrisa. Laura admiraba el autocontrol de aquel hombre que mantenía el nudo de su corbata ajustado con total elegancia, sin permitirse un mínimo de informalidad ni siquiera en días tan calurosos como aquel— Se te da muy bien esto— prosiguió con satisfacción— la pena es que no nos encontremos en el mejor momento para vender pero bueno... todo se arreglará— dijo con optimismo— y te propondré para dirigir una de las oficinas— dijo con convencimiento.

La joven sonrió con desgana, había escuchado aquella promesa muchas veces antes.

—Mañana mismo llevaré el contrato, no quiero que ni el comprador ni el vendedor se lo piensen— comentó con una sonrisa.

—Me parece estupendo, de todas maneras tengo otro encargo para ti.

—¿Para mí?, ¿por qué no lo hace Esteban? Creo que le vendría muy bien la comisión— se extrañó Laura.

—Sí, no lo dudo, además Esteban es un consumado negociador pero creo que esto es más adecuado para ti. Hay una propiedad en la sierra, tú conoces la zona y podrías acercarte.

—Pero me prometió un par de días libres, pensaba llevar el contrato y marcharme directamente— se quejó la joven.

El dueño de la inmobiliaria sonrió al ver el gesto de frustración en su bonito rostro.

—No te preocupes, tan sólo te llevará un rato, después podrás disfrutar de un largo fin de semana.

“Bueno, es mejor que nada” pensó Laura conformándose.

—¿Cómo se llama el pueblo?— preguntó mientras se preparaba para tomar nota en un post-it que había cogido de la mesa de su jefe.

—Tengo aquí los datos— dijo el hombre rebuscando en una carpeta— al parecer se trata de un chalet bastante grande que ha estado años vacío. Un comprador se fijó en él y nos ha pedido que le hagamos una oferta al dueño que no está convencido de vender la casa pero ¿para qué la quiere si no va nadie allí?

—Tal vez sea parte de una de esas herencias familiares en la que hay varios dueños— supuso Laura mientras intentaba infructuosamente que el bolígrafo escribiera.

—No, he visto en el registro que no tiene ninguna carga ni deuda. He quedado con el dueño en que le visitarías mañana, no está cerrado del todo a la venta y eso es buena señal, dependerá de la oferta.

—Sí— Laura seguía peleándose con el bolígrafo hasta que por fin cogió otro— ¿el nombre del pueblo?— insistió.

—Es un bonito pueblo de la sierra, me dijiste que tus abuelos tienen una casa por aquella zona, ¿no? Al parecer hay montañas, bosques, ríos... un verdadero encanto— dijo sin mucho convencimiento pues la vida rural no era lo suyo— Espinar de la Jara.

Laura levantó la cabeza con extrañeza, ¿Espinar de la Jara?

—¿Qué pasa?— preguntó el hombre— ¿no lo conoces?

—Claro que lo conozco, ese es mi pueblo— contestó ella con cierto malestar.

—¡Vaya!, ¡eso sí es casualidad! No sabía que precisamente era tu pueblo. Eso facilitará mucho las cosas y podrás convencer más fácilmente al dueño, ¿no crees?— preguntó entusiasmado.

Laura no compartía aquella alegría, es más, aquello le había producido una desagradable sensación, ¿volver a Espinar de la Jara? Salió del despacho con gesto de abatimiento, no le apetecía lo más mínimo regresar allí.

—De manera que te vas y no vuelves hasta el lunes, ¿no?— le preguntó Esteban que había vuelto a la oficina— Supongo que será una buena oportunidad para pasar unos días con tu novio— dijo experimentando envidia por aquel desconocido con el que Laura hablaba de vez en cuando por teléfono y con el que suponía que mantenía algún tipo de relación.

—¿Con mi novio?— se sorprendió ella mientras jugueteaba con el colgante que llevaba en el cuello— ¿qué novio?

—Bueno... no sé— estaba confuso— con ese con el que hablas por teléfono y que mantienes escondido como si se tratara de un oscuro secreto— bromeó.

Había pensado en innumerables ocasiones que debía tratarse de un hombre casado y eso le daba más morbo al asunto. Contempló el rostro de la joven ensombrecido por una sensación de malestar.

—Sí, bueno... es un amigo— respondió ella con el ceño fruncido mientras cogía unos papeles— Tengo que ir a mi pueblo, ha surgido una posible venta de un chalet.

—Pues si yo fuera ese amigo no me importaría nada en absoluto pasar esos días contigo en tu pueblo o en una aldea perdida.

Laura contempló a su compañero. Aunque hacía años que le había parado los pies, estaba segura de que mantenía el mismo deseo hacia ella. El sonido de su móvil la sacó de sus pensamientos. Lo miró de reojo, vio el nombre de "Miguel" en la pantalla táctil, frunció el ceño y cortó la llamada.

—Tu "amigo", ¿no?— Esteban sonrió.

—Tengo que irme o me pasará el fin de semana trabajando— Laura evitó contestar y se puso a recoger sus cosas para marcharse.

El calor de julio en Madrid era sofocante, el asfalto parecía deshacerse bajo sus pies y perdonó el cigarro que tenía pensado fumarse con tal de resguardarse del sol. Laura se dirigió a su coche, fue como entrar en un horno. Rápidamente puso el aire acondicionado, pero no pudo evitar sentir sus pulmones inundados de aire caliente y el volante ardiendo bajo sus manos.

El teléfono sonó, era Miguel nuevamente. Esta vez lo cogió.

—Hola. Sí, acabo de salir— contestó ella a su pregunta— no, no puedo. De verdad, no puedo— dijo seriamente a su interlocutor que parecía insistir—. Iré a casa a recoger unas cosas y mañana temprano me marcharé, tengo trabajo en... mi pueblo.

Cuando colgó se mordió pensativamente los labios sin soltar el teléfono. Tenía que acabar con aquello cuanto antes. Al principio y durante algún tiempo había resultado divertido pero ya no lo era.

El coche ya se había enfriado lo suficiente como para poder conducir. Estaba deseando llegar a su casa y darse una ducha bien fría, se sentía sudorosa y se le pegaba la ropa al cuerpo. Circuló con lentitud armándose de paciencia, era hora punta y el inevitable atasco en el Paseo de la Castellana amenazaba con mantenerla atrapada en la ciudad.

El frescor y la oscuridad de la entrada del edificio antiguo donde residía le hicieron estremecerse agradablemente. Era un lujo vivir en ese inmueble en la calle de Goya, el corazón del Madrid más distinguido. A pesar de la bajada de precios tras el estallido de la burbuja inmobiliaria, no cabía duda de que costaría una fortuna y sólo para bolsillos privilegiados.

Era evidente que tenía una visión práctica de lo que le rodeaba, tal vez fuera deformación profesional. Saludó cordialmente al portero de la finca y se dirigió al ascensor del siglo XIX cuya reja se abrió suavemente pero sin chirriar. Laura sonrió, ese ascensor era la niña mimada del portero y todos los días engrasaba los engranajes y frotaba la madera para que luciera perfectamente. Mientras subía a la planta cuarta, Laura contempló a través de los resquicios del ascensor, las vidrieras de colores de los rellanos de las plantas anteriores y que siempre le habían resultado sugerentes, pues mostraban escenas florales o personajes modernistas que desde niña la habían transportado a historias que su mente imaginaba.

Un pequeño salto le hizo saber que había llegado a su destino. Entró en la casa, dejó el bolso en cualquier lado y suspiró dirigiéndose directamente al cuarto de baño mientras se iba quitando la blusa y pensaba en lo agradable que resultaba tener esa inmensa casa para ella sola. En realidad era la casa de sus padres, en donde ella y su hermana Miriam habían vivido desde siempre. En un primer momento y tras terminar sus estudios le pareció maravilloso abandonar el hogar paterno y compartir un pequeño y austero piso con dos amigas; parecía divertido y lo fue. Disfrutó de independencia, risas, confidencias... como vivir en un campamento de verano, pero pronto se dio cuenta de las incomodidades que conllevaba, como aquella vez que se encontró durmiendo desnudos en el salón a una de sus amigas y su novio de esa semana, o el día que descubrió su parte de la nevera vacía o las consabidas peleas por quién tenía que limpiar el cuarto de baño esa semana. La independencia, que en un primer momento había deseado tanto, se volvió en su contra y cuando sus padres anunciaron que se

iban a vivir a Suiza, a Ginebra, hasta que su padre terminara un proyecto de arquitectura, no se lo pensó dos veces.

—¿De verdad quieres volver a vivir en casa?— le había preguntado Miriam con desdén dos años atrás.

—¿Por qué no? No está tan mal, lo pasamos bien allí de niñas, ¿no?

Miriam frunció el ceño mientras contemplaba su exquisita manicura. A ella le parecía un horrible retroceso volver a casa de sus padres, consideraba que eso era de fracasados pero a ella por fortuna no le ocurriría eso. Estaba casada con un atractivo y exitoso ingeniero que ganaba lo bastante como para que ella y sus dos hijas vivieran como reinas en La Moraleja. Miró con conmiseración a su hermana pequeña, era dos años mayor y siempre se había considerado superior a ella, la prueba era que a su edad no tenía ninguna relación estable, no había conseguido un trabajo acorde con sus estudios, en fin... una fracasada, todo lo contrario a ella.

Aún se estaba secando el pelo cuando el timbre le anunció que alguien estaba en la puerta. Cuando Laura entreabrió la enorme mirilla redonda semejante a un rosetón gótico, se encontró con la visión del envase de su helado preferido. No pudo evitar una sonrisa y abrió la puerta.

El helado lo sostenía un hombre de unos treinta y tres años, varonil, trajeado, de sonrisa provocativa y ojos seductores.

—Te dije que no podía quedar hoy— le recriminó ella dejándole entrar.

—Lo sé, pero ya sabes que sigo mi propia intuición— contestó el hombre entrando con seguridad en la casa.

—Y tus propias reglas— añadió ella retrocediendo.

El hombre sonrió mientras abría el albornoz de ella y la contemplaba satisfactoriamente.

—Creo que he venido justo en el momento adecuado— susurró mientras la atraía hacia él y aspiraba el aroma a champú que emanaba de su nuca.

—¿Es que no tienes que trabajar hoy?— preguntó ella mientras intentaba zafarse.

—Tengo una reunión esta tarde— murmuró—, pero dispongo de casi una hora libre— comenzó a besarla apresuradamente mientras sus manos la despojaban del albornoz y la dejaban desnuda entre sus brazos.

—No puedo... en serio— gimió ella—, tengo... que recoger, mañana tengo que ir...

—Ya me lo has dicho antes— dijo mientras se deshacía el nudo de la corbata sin prestar atención a sus quejas.

Llenó la boca de ella con su lengua para acallarla y Laura sintió como toda su fuerza de voluntad se venía abajo. Él también lo sintió y sonrió.

—Sabes que lo deseas tanto como yo, ¿por qué intentas resistirte?— susurró.

Ambos atravesaron el salón hacia las habitaciones y el hombre, sonriendo, le indicó una de las puertas. Laura nunca había entendido aquel deseo morboso de hacerlo en la habitación de sus padres. A veces le costaba entender la dependencia física que sentía hacia Miguel pero no podía evitar caer en sus brazos en cuanto él lo deseaba, así que, como otras muchas veces, sucumbió a sus encantos, a sus susurros aterciopelados, a sus besos adictivos, a su maestría como amante y al placer que le proporcionaban aquellos morbosos encuentros.

Hora y media más tarde, Laura, metiendo la cucharilla en el envase de helado de nata y caramelo a medio derretir, contemplaba en silencio el atlético cuerpo del hombre mientras se vestía. Su cuerpo estaba bien moldeado por el trabajo en el gimnasio y no desentonaba con su rostro varonil y seductor. Laura imaginaba que la misma determinación y seducción que utilizaba en el terreno amoroso le serviría en los negocios. ¿Había dicho terreno amoroso? Eso había sido un error, entre ellos dos había cualquier cosa menos amor y ambos lo sabían. Se reafirmó en su idea de terminar con esa perniciosa relación... el lunes... Era como empezar una dieta, siempre se deja para el lunes pero

durante el fin de semana se caía en la tentación más absoluta, y cuanto más prohibida, más deliciosa.

Miguel terminó de ajustarse la corbata y comprobó la hora.

—Es tarde, me haces perder la noción del tiempo— murmuró con una sonrisa mientras depositaba un beso delicado en los labios de Laura que permanecía desnuda en la cama con las piernas cruzadas y saboreando el helado.

—Tenemos que terminar con esto— dijo Laura intentando que su voz sonara lo más convincente posible.

—Llevas meses diciendo lo mismo— repuso él sin darle importancia— ¿qué vas a hacer mañana?— preguntó sin mirarla mientras comprobaba que la corbata estaba perfecta.

—Ya te he dicho que tengo que trabajar— Laura frunció el ceño advirtiendo la poca importancia que Miguel daba a sus palabras— tengo que llevar un contrato y luego tengo que ir... al pueblo.

—Ah sí, es cierto...— dijo de manera distraída confirmando de esta manera las sospechas de Laura de que para Miguel, ni ella ni lo que decía tenía la más mínima importancia— ¿al pueblo de tus abuelos?, ¿para qué? Hace años que no vas allí— preguntó pareciendo reaccionar de repente. A Miguel no le interesaba el mundo rural en absoluto a pesar de haber pasado muchos veranos de su adolescencia en un pueblo cercano a Espinar de la Jara.

—Ha surgido una posible venta de un chalet. La inmobiliaria no puede dejar pasar ninguna oportunidad.

—Es cierto, son tiempos complicados... al menos para los demás— dijo con un deje burlón. Se volvió y la contempló con una sonrisa—. Tengo que irme ya, aún tengo mucho trabajo y mañana quiero tomarme la tarde libre. Les prometí a las niñas que las llevaría al cine, tus sobrinas han estado dándome la tabarra toda la semana, no les puedo fallar.

Laura sonrió con cansancio, no podía decir que fuera un mal padre, todo lo contrario. Esa era una de las causas por la que quería terminar con aquella

relación malsana que no le aportaba nada, aparte de placer y sentimiento de culpabilidad.

Cuando Miguel se marchó de la casa, Laura suspiró y se dejó caer nuevamente en la cama. Contempló el alto techo de la habitación de sus padres con sus molduras decorativas mientras jugueteaba con su colgante de plata con forma de media luna. Aún perduraba en la almohada el olor a él y se preguntó lo que tantas veces se había preguntado tras compartir unas horas de placer con Miguel: ¿qué pensaría Miriam si se enterara de lo que ocurría entre ella y su marido? Probablemente se echaría a reír, ¿su hermana Laura que siempre había ido a remolque de ella, a cuyos novios le había encantado seducir por el simple placer de demostrarle que ella era más guapa y más simpática? Laura no pudo evitar apretar las mandíbulas, estaba convencida que Miriam ni siquiera contemplaba aquella posibilidad y eso la enervaba y era una de las razones por las que seguía con Miguel y por la que había comenzado aquella relación, aunque no fue en absoluto premeditado. Surgió sin que ella lo esperara.

Comenzó dos años antes, justo cuando sus padres decidieron marcharse a Ginebra y ella volvió a su casa. Miguel se ofreció a ayudarla con la mudanza y en su fantástico y enorme Audi Q7 metieron toda su ropa, sus libros, los dibujos de su abuela, sus recuerdos de viaje y la satisfacción de dejar atrás su mini habitación compartida con sus amigas.

Miguel fue atento con ella, se conocían desde hacía tiempo, cuando comenzó a salir con su hermana Miriam, de eso haría casi diez años y tuvo que admitir que se sintió celosa, ¿por qué su hermana siempre atraía a los hombres más guapos e interesantes? No había conocido ninguno que se resistiera a su belleza, incluidos sus propios novios. Laura recordaba a un par de chicos que la cambiaron sin contemplaciones por Miriam, claro que el éxito de Miriam no se debía tan sólo al óvalo perfecto de su cara, a su espectacular melena rubia, a sus labios sensuales y su mirada pícaro, también se debía a su carácter

extrovertido y su innata coquetería, a la forma que tenía de atraer y provocar a los hombres con sutiles insinuaciones, eso se le había dado siempre bien, desde que eran adolescentes. Y Laura había tenido que asumir su papel de segundona pues donde su hermana aparecía brillando como una estrella, ella se convertía en una sombra desvaída y carente de atractivo.

La tarde que Miguel le ayudó a llevar sus cosas se sintió bien, siempre le había parecido enormemente atractivo, seguro de sí... el exponente de un hombre de éxito. Miriam y él hacían una buena pareja, pero no sólo por su aspecto exterior, sino porque ambos compartían la misma manera de entender la vida: cócteles, reuniones sociales, viajes... aparentaban una pareja perfecta, una familia perfecta. Miriam no habría podido soportar otro estilo de vida que no fuera jugar dos veces a la semana al tenis en el club, llevar a las niñas a equitación y disponer de una saneada tarjeta de crédito que le permitía acudir todas las semanas al spa tras su acostumbrada jornada de compras. Por su parte Miguel necesitaba a su lado una mujer culta pero no más que él, bonita y que supiera moverse en los ambientes adecuados, por eso le sorprendió tanto que sin que nada pudiera hacerla sospechar, aquella tarde Miguel la abrazara y la devorara con sus besos. Al principio se sintió atemorizada, no entendía lo que estaba ocurriendo, ¿era el marido de su hermana!, ¿su cuñado! Pero en ese mismo momento le vino a la memoria las veces que Miriam le había quitado algún novio sólo por el placer de hacerlo y sintió el dulce sabor de la venganza.

“Sabes que lo deseas tanto como yo” era la frase mágica que Miguel utilizaba para exacerbarla y la primera vez que se la susurró al oído fue como si se abriera un volcán en su interior y decidió lanzarse dentro. Sus esporádicos encuentros se habían mantenido en el tiempo con cierta asiduidad desde hacía dos años, pero lo que en un principio fue divertido, casi como una travesura, había acabado pasándole factura y el sentimiento de culpa amenazaba con acabar con ella.

Laura y Miguel nunca habían tenido una conversación seria sobre lo que ocurría entre ellos, únicamente se limitaban a quedar a la hora de la comida o después del trabajo. ¿Qué había que hablar en realidad? La verdad es que nada. Miguel era frío y calculador, Laura lo sabía, tenía una gran necesidad de dominio y control y estaba convencida de que más que sentirse atraído por ella, era la situación lo que le excitaba, ¿qué mejor para sentir la adrenalina correr por tus venas que acostarte con tu cuñada en la cama de tus suegros? Aún recordaba las últimas comidas con sus padres en la casa antes de que se trasladaran definitivamente a Ginebra... era grotesco estar todos allí sentados como una familia normal y sintiendo las miradas provocativas de Miguel sabiendo lo que ocurría entre ellos dos veces por semana. En algunos momentos Laura se había sentido asqueada pero no podía cortar con Miguel, ¿por qué? No lo tenía muy claro, tal vez fuera simple enganche sexual o dependencia pero estaba próxima a caer en una espiral demasiado peligrosa, con él había experimentado un sexo salvaje, muy diferente a lo que había conocido en otras relaciones, incluso habían rozado cierto sadismo y para su sorpresa no le había disgustado. Sabía que Miguel podría destrozarla en cualquier momento, justo cuando esa situación dejara de producirle morbo, de excitarle el dominio que tenía sobre ella, entonces, ¿qué sería de ella? Era ese el motivo fundamental para cortar por lo sano con la relación, con el sexo perverso que la estaba devorando, tenía que conocer a más gente y no dejar que Miguel fuera el centro de su mundo.

A la mañana siguiente, temprano, Laura recogió la carpeta del contrato de la mesa donde la había dejado y se dispuso a cumplir con sus obligaciones. Aquello no le llevaría ni dos minutos y luego podría ir a Espinar de la Jara. Aún no había acabado la semana, era jueves y no encontraría demasiado tráfico por la carretera.

El contrato fue ratificado por el comprador y el vendedor y Laura le envió un mensaje al móvil de su jefe para confirmar que el negocio estaba cerrado y podían comenzar los trámites burocráticos, después, con un suspiro, se metió en el coche pero antes de ir a su ineludible cita en Espinar de la Jara tenía que hacer algo.

No pasaba quince días sin visitar a su tía Celia en la residencia, que estaba fuera de la ciudad en un pueblo cercano al suyo, pero nunca se acercaba a Espinar de la Jara. En realidad era prácticamente la única que lo hacía. Estaba segura que Miriam sólo iba alguna vez para llevar a su abuela Mercedes que casi no salía del pueblo, su madre y su padre siempre estaban de viaje y ahora en Ginebra, su tío probablemente tampoco se pasaba mucho por allí. Ella y su abuela Mercedes eran las únicas que parecían recordarla... su abuela casi no salía de Espinar de la Jara, era su mundo pero su corazón estaba con Celia, estaba convencida de eso.

Lo único que le desagradaba de la habitación de su tía era el sonido de las máquinas que mantenían vivo su corazón y la ayudaban a respirar, de otra manera Celia habría muerto hacía mucho tiempo. Miguel solía decir que era un absurdo mantenerla de aquella manera, llevaba años en coma y todos los médicos a los que habían consultado aseguraban que no mejoraría, así su abuela se negaba a desconectarla y Celia permanecía en su cama atendida por los mejores fisioterapeutas y neurólogos.

—¿Cómo está hoy mi tía favorita? — preguntó con una sonrisa mientras se sentaba a su lado.

Sobre la mesilla siempre había un jarrón con flores silvestres que le daban alegría a la habitación, imaginaba que la abuela había mandado que siempre las tuviera porque Celia amaba aquellas pequeñas flores que ella siempre había visto en la habitación, primero blancas y años después, hasta entonces, rosadas. Además de las flores, adornaban el cuarto un par de acuarelas de temática floral y campestre pintados por la abuela Mercedes ya que el dibujo y

la pintura eran sus hobbies y eran realmente preciosos. La abuela Mercedes se había encargado de que la habitación estuviera llena de las cosas que a Celia más le gustaban y el aroma de las flores se unía al de la canela en rama y manzanas verdes que siempre había en un cuenco.

—Está muy bien— le respondió una cuidadora que en ese momento se encargaba de arreglar las flores silvestres del pequeño jarrón—, ahora hace demasiado calor pero esta tarde intentaremos llevarla un rato al jardín.

—Seguro que eso le hará sentir bien— Laura esbozó una sonrisa mientras contemplaba su rostro. Celia debía tener unos cuarenta y cinco años, ocho menos que su madre, y aún conservaba una belleza digna de admiración. Era evidente que Miriam había heredado su hermosura. Su cabello era rubio, ondulado, sedoso y largo y enmarcaba un rostro dulce que, ausente de líneas de expresión, aún mantenía la frescura de la juventud que le hacía aparentar menos edad; alguien incluso podría confundirla con la hermana mayor de Miriam. Sus ojos, ahora cerrados, eran de un color castaño ambarino y sabía que su sonrisa era cantarina y musical. No pudo evitar sonreír de nuevo al recordarla cuando estaba bien. Ella tenía diez años cuando su tía Celia sufrió el accidente de coche que la dejó en coma pero recordaba las tardes que había pasado con ella y Miriam contando cuentos, haciendo galletas con la abuela y jugando a encontrar a las hadas en el bosque de Espinar de la Jara, aunque Miriam pronto se desvinculó de ellas, prefería la compañía de su primo César y sus amigos, pues ya con doce años su cuerpo empezaba a mostrar los progresos de la adolescencia y le gustaba ser admirada, mientras que Laura aún era una niña y prefería las tardes de los fines de semana y las vacaciones de verano en compañía de la tía Celia.

Se despidió de La mujer con un beso en la mejilla y una caricia en su mano. Ahora ya no tenía excusa para no ir a la sierra. Se montó en su coche e inició el camino.

Internarse en las carreteras fue fácil y aunque habían pasado bastantes años, parecía que su cerebro recordaba a la perfección el camino a Espinar de la Jara.

Cogió la carretera Nacional y tras media hora de trayecto el paisaje comenzó a cambiar, se volvió más abrupto, las suaves pendientes se convirtieron en colinas plagadas de árboles mientras que los contornos de la Sierra se dibujaban en el horizonte. El calor debía ser extremo y Laura llevaba el aire acondicionado a máxima potencia. La carretera había cambiado, cogió un par de desvíos que no recordaba y eso la despistó. Tuvo que dar un rodeo para poder encontrar el camino y en ese momento pensó en la conveniencia de comprarse un gps. Si no se daba prisa no llegaría a la hora concertada con el dueño de la casa. Su jefe no le había dicho su nombre, al parecer sería el dueño el que la llamaría cuando llegara a Espinar de la Jara porque él tampoco vivía allí.

—¿Por dónde era?— se preguntó al llegar a un cruce pero por suerte vio un indicador.

Abandonó la carretera nacional y se internó en un puerto de montaña con una tortuosa carretera, eso no había cambiado, lo recordaba bien. Los árboles luchaban contra la inclinación pero ofrecían una maravillosa cúpula sombreada que agradeció. Poco a poco fue descubriendo que su memoria reconocía los recodos y las curvas, los árboles que se apartaban del bosque asomándose a la carretera y que tomaban formas grotescas y las pequeñas flores, las jaras, que daban su apellido al pueblo.

De pronto se sobresaltó al ser adelantada con gran rapidez por varios motoristas que debían conocer muy bien el terreno porque ir a aquella velocidad era bastante arriesgado.

—Niñatos...— dijo despectivamente. En los años que ella había pasado en el pueblo tan sólo había bicicletas y algún vespino. Su primo César fue el primero en disponer de una moto y solía hacer alarde de ello. Las primeras casas hicieron su aparición, se internó en el pueblo hasta llegar a la plaza principal que aunque de momento parecía intacta al paso del tiempo,

pronto descubrió varias oficinas bancarias, un ciber y una tienda de chinos. Normal.

Estaba segura de que si seguía por la calle principal llegaría a la zona más plana del pueblo donde se encontraba el ayuntamiento con el puesto de la policía y el centro de salud. Era el único lugar en el que se podía aparcar.

Salió del coche y sintió que le faltaba la respiración debido al calor sofocante. Las chicharras emitían un sonido estridente en concordancia con el calor y Laura se recogió el pelo castaño en una coleta alta y se apartó el flequillo. Se apoyó en el coche en espera de recibir una llamada, no le daba tiempo de visitar a su abuela, tendría que dejarlo para más tarde. Aún faltaban unos minutos para las doce pero antes su teléfono sonó.

—¿Sí?

—Hola, ¿es la agente de la inmobiliaria?— preguntó una voz masculina.

—Sí, y usted es...

—El dueño de la casa, bueno, los dueños son mis padres pero me voy a encargar yo. Me dijeron que conocía usted la zona, ¿podría acercarse por la carretera de salida del pueblo? Es justo la que lleva al río— respondió el hombre.

—Sí, claro que la conozco— Laura sonrió.

Era esa zona precisamente donde se encontraban los chalets y la casa de su abuela. Estaba prácticamente al lado del bosque y desde allí se accedía a la antigua carretera que llevaba a las grutas de la montaña y a las piscinas naturales. Esas casas y chalets quedaban fuera del pueblo aunque pertenecían al municipio y solían ser segundas viviendas de gente de Madrid, allí se había creado una semi urbanización y durante años la gente del pueblo les había mirado con cierto resquemor pues solían decir que allí acudían los niños ricos de la capital a pasar el fin de semana, aunque también gente del pueblo, como sus abuelos, se habían hecho una casita en la Jara por ser una zona preciosa rodeada de naturaleza.

—Bien— el hombre parecía satisfecho— la espero en un cuarto de hora junto a la fuente.

A Laura le parecía que había vuelto a su adolescencia, “quedar en la fuente” era lo más normal en aquella época: era el punto de encuentro de los jóvenes para bajar a tomar una fanta al pueblo. Ella misma junto con Irene se habían pasado horas charlando apoyadas en la fuente de piedra, le encantaba meter las manos dentro para refrescarse mientras las libélulas y avispas revoloteaban alrededor. Irene... ¿Cuánto tiempo había pasado? Mucho, demasiado, quince o dieciséis años.

Se montó de nuevo en el coche, salió del pueblo y se encaminó hacia La Jara, tal como llamaban al conjunto de chalets y casas debido a la profusión en esa zona de pequeñas flores blancas y violetas.

Divisó los primeros chalets circundados por sus vallas y jardines, situados a diferentes alturas no muy lejos los unos de los otros. Recordó sus experiencias juveniles, los baños en las piscinas naturales, el bosque de pinos con su inconfundible olor mentolado y levemente medicinal, las confidencias con Irene en el cobertizo viejo, cerca de la casa del inglés... cuantos recuerdos. Su ceño se fue frunciendo, se sentía mal, no quería estar allí y sintió el deseo de darse la vuelta y volver a Madrid. Hacía quince años que no había vuelto allí, desde que Irene apareció muerta.

La fuente de piedra se presentó ante ella con el mismo gorgoteo de antaño. Tan sólo disponía de tres caños adosados en la pared y que vertían el agua, helada y pura proveniente de los numerosos acuíferos subterráneos, en un pilón y en cuyo borde frío y húmedo se había sentado muchas veces.

Laura había aparcado y se dirigía andando hacia el lugar de encuentro. La piedra rugosa seguía arañando cuando se pasaba la mano sobre ella y se apreciaba su frescor que en los días calurosos de verano resultaba un bálsamo. Esbozando una sonrisa metió sus muñecas en el agua recordando otras tantas veces que lo había hecho obviando los mosquitos y avispas que también querían refrescarse. El agua estaba tremendamente fría pero resultaba muy agradable.

—Buenos días— dijo una voz masculina a su espalda.

Laura se volvió inmediatamente y se encontró con un hombre joven, un par de años mayor que ella, era alto, vestía con un traje pero la chaqueta se la había quitado y la llevaba en la mano, su cabello rubio oscuro estaba ligeramente revuelto y sus ojos verdes delataban firmeza. No estaba exento de atractivo. Laura se lo quedó mirando con la boca abierta y parpadeó sorprendida un par de veces hasta que se dio cuenta de que su actitud no debía resultar muy profesional.

El hombre extendió la mano hacia ella para saludar.

—Soy...

—Álvaro Torres— Laura sabía exactamente quién era, no hubiera podido olvidar nunca esos ojos. Había estado perdidamente enamorada de él durante la adolescencia.

Una expresión de extrañeza se instaló en el rostro del hombre y Laura se apresuró a sacarle de la duda.

—Yo soy...— no, seguro que no se acordaba de su nombre, probablemente Laura Salgado no le dijera nada— mis abuelos tienen una casa aquí y veníamos todos los veranos, las vacaciones y muchos fines de semana.

Álvaro seguía manteniendo una expresión indefinida en su atractivo rostro. De un rápido vistazo, Laura se dio cuenta de que no llevaba anillo de casado.

—Perdone pero hace años que no vengo por aquí, no recuerdo...

Laura suspiró con abatimiento, estaba segura que no había cambiado tanto pero era evidente que él no la reconocía.

—Seguro que recuerda a mi hermana Miriam, mi abuela era la maestra del pueblo y...

—Laura— musitó repentinamente Álvaro con una sonrisa mientras sus ojos comenzaban a brillar.

Su nombre, pronunciado por él, le produjo una reconfortante sensación, ¡recordaba quién era!

En la memoria de Álvaro surgió el agradable recuerdo de una muchachita de dieciséis años, delgada, con pantalones cortos y unas trenzas despeinadas a juego con un flequillo. Laura era completamente opuesta a su hermana Miriam. No imaginaba que la mujer de la inmobiliaria con la que había quedado fuera ella, por eso no la reconoció en un primer momento pero ahora que la observaba era innegable que se trataba de Laura. Conservaba su mirada huidiza y su cabello castaño, incluso seguía llevando aquel gracioso flequillo rebelde que ella intentaba mantener a raya. Era evidente que había cambiado: el patito feo se había convertido en cisne y aunque no poseía la belleza salvaje y voluptuosa de Miriam, tenía un gran atractivo basado en la armonía de sus facciones y en un ligero aire infantil e inocente.

Álvaro no dudó en dejar de lado los formalismos y le dio dos besos a modo de saludo reteniéndola más de lo conveniente. De adolescentes no habían tenido demasiado trato pues él, al ser algo más mayor, alternaba con Miriam, César y otros chicos de la pandilla aunque él había pasado muchas tardes en su casa repasando matemáticas con su padre. Los Torres y los Salgado eran muy amigos y habían compartido muchas comidas y cenas veraniegas. Laura solía atisbar por la puerta acristalada donde su padre le ayudaba con las matemáticas y suspiraba, hubiera deseado haber suspendido ella también para poder compartir aquellas tardes, pero a esa edad, dos o tres años suponían una gran diferencia y Laura no se encontraba en su grupo, ella salía con gente de su edad y solía pasar la mayor parte del tiempo con Irene, la hermana de Álvaro.

—¿De manera que la mujer de la inmobiliaria eras tú?, ¡qué gracioso!— bromeó mirándola con atención—. Querrás verla para valorarla, ¿no?

—Sí claro. Ha sido una casualidad, a medias. Mi jefe pensó que al conocer esta zona sería más fácil convencer al dueño de la propiedad— explicó ella— ¿vas a vender la casa de tus padres?— se extrañó.

—Bueno... aún no lo tenemos claro— confesó él mientras caminaban—. Hace mucho que no venimos a la casa después de... lo de Irene— su rostro se contrajo en un doloroso gesto— y cuando mi padre recibió la oferta pensó que era el momento de hacerlo.

—Ya... lo supongo— admitió ella mirando hacia el suelo para no caer en algún hoyo pues allí el camino era irregular— Nosotros tampoco volvimos.

—Si, lo sé. Todo cambió después de aquello— Álvaro entornó sus ojos de color verde para que el sol no le cegara—. Debió ser el último buen verano que pasamos todos aquí... ¿y qué es de tu vida?— preguntó con la intención de cambiar de tema.

—Pues ya ves... hice la carrera de económicas pero soy agente inmobiliario— le hubiera gustado poder decir algo más interesante pero esa era la realidad.

—¿Marido?, ¿hijos?— se interesó él.

Ella negó con la cabeza mientras avanzaban. Se sentía frustrada por no poder contar nada más de su vida. Podía haber mentido y decir que mantenía una relación pero Miguel no podía considerarse como tal.

—¿Y tú?

Álvaro suspiró.

—Soy arquitecto y tengo un niño de cuatro años.

—¿Arquitecto? — Laura se extrañó al mismo tiempo que se sentía decepcionada y pensó que el hecho de que no llevara anillo de casado no quería decir nada— pensé que serías profesor de Universidad o psicólogo como tu padre.

—No...— dijo sonriendo—, siempre me ha gustado la arquitectura. Tu padre me dio buenos consejos. Siempre le admiré, ¿qué está haciendo ahora?

—Se trasladaron a vivir a Suiza, a Ginebra hace un par de años. Tiene un proyecto de un edificio domótico o algo así— a Laura le había impresionado que Álvaro hubiera seguido los pasos de su padre en vez de los del suyo— ¿Y... tu mujer?— preguntó con intención. Si tenía un hijo debería tener una mujer.

—Estamos divorciados desde hace seis meses— gruñó él. Un gesto confuso ensombreció su rostro.

—Lo siento...— dijo ella. En realidad no tenía derecho a inmiscuirse tanto en su vida, al fin y al cabo tampoco habían sido tan amigos.

—No lo sientas— respondió él.

—¿Y ves a tu hijo?
—Sólo cuando ella quiere.

Una ligera brisa con aroma de bosque les relajó brevemente. El canto de los pájaros y las chicharras arreciaban por la hora y el calor y el fresco borboteo de la fuente se iba alejando.

Laura supuso que se trataba de las consabidas peleas post divorcio en las que los niños adquirirían la función de arma arrojadiza para hacer daño al contrario. ¿Quién habría tenido la culpa del fracaso del matrimonio? Miró de reojo a Álvaro, seguía pareciéndole tan atractivo como entonces aunque la muerte de su hermana Irene le había vuelto más taciturno, o quizás eso era fruto de la edad, de los problemas conyugales o de la misma vida.

Sin darse cuenta habían llegado a la casa de los padres de Álvaro: una gran casa de tres plantas rodeada de un gran jardín con piscina.

—Ten cuidado no tropieces al entrar— le advirtió él mientras abría la puerta que daba acceso a un espacioso jardín cubierto por las malas hierbas.

Laura sintió algo parecido a la tristeza. La brisa movió los elementos metálicos, ya oxidados, de las campanas de viento que aún se mantenían en su sitio, pero ahora su musical sonido resultaba algo lúgubre, como si estuvieran tristes porque ya nadie las escuchaba. Recordaba que la casa de los Torres siempre había sido luminosa y alegre, decorada con muy buen gusto ya que su madre se dedicaba a eso. Ahora sin embargo tenía un aspecto decadente al haber sido abandonada durante tanto tiempo.

Álvaro abrió la puerta de la casa, entró y se dispuso a subir las persianas.

—En realidad deberíamos haberla vendido hace años— dijo él abruptamente intentando no toser por el polvo acumulado y que ahora revoloteaba en torno suyo—. No hemos vuelto a pasar ni un solo fin de semana. Tan sólo he venido yo en alguna ocasión para echar un vistazo.

—¿Y por qué no lo habéis hecho?— preguntó ella— Es una pena que esté así de descuidada— dijo con pesar mientras el sol entraba a borbotones iluminando el abandono y la dejadez.

—No sé— contestó mirando alrededor—, puede que en cierta manera a mis padres les diera pena romper el último lazo con Espinar. Bueno, tú tampoco volviste— se volvió y clavó sus ojos en ella— ¿por qué?

Laura se encogió de hombros.

—Ya no era un lugar agradable en el que estar. Todo cambió— dijo mientras miraba a su alrededor y contemplaba los muebles tapados por sábanas como mudos fantasmas—, fue un verano muy raro, Miriam se volvió muy antipática y en septiembre se marchó a hacer un curso a Londres, mi primo César no dejaba de meterse conmigo y yo me sentía sola. Luego pasó el tiempo, la Universidad...

—Creo recordar que César se metía con todo el mundo— se acarició el mentón recordando una vieja pelea con el primo de Laura— ¿Y qué fue de Miriam?

—Se casó con un ingeniero, tienen dos niñas preciosas y... les va muy bien— dijo sin mirarle. A veces le costaba hablar de la vida de su hermana siendo la amante de su marido.

—¿En serio?— Álvaro no pudo evitar una sonrisa burlona.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno... nunca pensé que Miriam fuera capaz de casarse y serle fiel a un hombre.

—No digas eso— le recriminó ella— es mi hermana.

—Imagino que habrá cambiado, serían las hormonas pero le encantaba coquetear con todos los chicos.

—Y a los chicos les encantaba ir detrás de ella— Laura podía admitir todos los defectos de su hermana pero no le gustaba el machismo—, a ti también te gustaba ¿no?— preguntó con mal gesto recordando los celos que había sentido cuando veía a Álvaro con Miriam y el resto de sus amigos.

—Era guapa y simpática, no puedo negar que tonteáramos en un par de ocasiones pero la cosa no fue a más— dijo mientras observaba a su alrededor.

La joven le miró atentamente, ¿qué la cosa no fue a más? por lo que ella sabía Álvaro y su hermana habían mantenido algo más que un tonto, recordaba que incluso había ido a buscarla al colegio en el coche de su padre un par de veces, pero aquello quedaba muy lejano, tal vez ni él lo recordara.

—Pues debiste ser el único que sólo tonteó— dijo irónicamente Laura mientras quitaba un par de sábanas.

Álvaro soltó una carcajada.

—No era mi tipo, a mí me gustaba otra chica.

—¿Ah sí?, ¿cuál?— preguntó con curiosidad infantil fijando sus ojos castaños en los verdes de él.

—De eso hace ya mucho tiempo— respondió él de manera ambigua mientras fruncía el ceño y miraba en derredor comprobando el deterioro reinante.

—Pero yo no recuerdo que estuvieras con alguna chica, aunque había muchas detrás de ti— continuó Laura. Le parecía gracioso que después de tantos años pudieran hablar de aquella manera como si tal cosa.

—Es que no llegué a decirle nunca nada, me daba vergüenza— dijo con una mueca burlona.

—¿Vergüenza?— ahora fue Laura la que se echó a reír— No me lo creo. ¿El chico más admirado por ser el mejor nadador le daba vergüenza hablar con una chica?, ¡increíble!

Él sonrió con una encantadora expresión de rubor y se encogió de hombros.

—Fueron unos veranos estupendos— dijo él con mirada soñadora—, sobre todo el último, hasta que...

—Hasta que Irene murió— Laura terminó la frase con expresión de abatimiento.

—Irene no murió— corrigió él con voz dura y gesto sombrío— la mataron.

A Laura le costaba pronunciar aquellas palabras: “la mataron”, pero era la pura realidad. Irene no había sufrido ninguna enfermedad, ni había tenido un desgraciado accidente a la edad de dieciséis años. No, Irene había sido asesinada por el mismo hombre que había asesinado un par de semanas antes a una chica del camping.

El camping de “La Jara” había sido un estupendo centro turístico que los meses de verano se llenaba de jóvenes bulliciosos que mantenían al pueblo alborotado. Colindante con las piscinas naturales y el bosque, estaba situado en un maravilloso enclave de la naturaleza. Muchos institutos lo escogían para pasar unos días tras los exámenes y de julio a mediados de septiembre se poblaba de juventud, convirtiéndose en un motor económico para todo el pueblo hasta que ocurrió la desgracia.

Varias jóvenes comentaron que creían que un merodeador las acechaba y algunas notaron la falta de algunas prendas de ropa interior. Al principio nadie le dio importancia, probablemente se trataba de otros chicos, pero la alarma surgió cuando una de las jóvenes del camping apareció asesinada en el bosque. La policía y la Guardia Civil acudieron de inmediato para investigar el suceso que conmocionó al pueblo entero. Nunca había sucedido algo así, la noticia causó un gran revuelo y anuló el único acontecimiento extraño que había ocurrido en el pueblo y del que hasta ese momento era lo único digno de destacar: la chica inglesa que allá por 1992 se escapó de casa.

La investigación fue llevada casi en secreto y pocos detalles se dieron del suceso, tan sólo que la joven había aparecido estrangulada y con una puñalada en el pecho, en el bosque, donde la encontraron unos excursionistas. Nadie sabía si también había sido violada pero todos lo imaginaban, y pronto, toda clase de rumores escabrosos creados por mentes calenturientas comenzaron a rodar por el pueblo.

Los jóvenes, sobre todo las chicas, comentaban lo que había ocurrido. En sus mentes adolescentes, el morbo y el temor convivían a partes iguales. Podía haberles ocurrido a cualquiera de ellas, ¿quién habría sido?

Aún no habían pasado ni dos semanas cuando una nueva muerte golpeó duramente a Espinar de la Jara. Irene apareció asesinada de forma similar a la chica anterior: estrangulada y con una puñalada en el pecho, cerca del camino del puente romano, un pasaje poco transitado donde el río bajaba con poco caudal.

Laura, como el resto de sus amigos, fue interrogada, obligada a contar pormenorizadamente lo que había hecho el día en que Irene murió, como si ella fuera una sospechosa. Su diario fue analizado sin pudor y ella se sintió desnuda, no le dieron tiempo a llorar a su amiga. Todo el mundo estaba en el punto de mira.

Ya no se trataba de una chica de paso, una turista ocasional que nadie conocía; ahora se trataba de Irene Torres, perteneciente a una de las familias más conocidas y afincada en el pueblo desde hacía años. Era la hija de Cristóbal Torres, psicólogo y profesor de Universidad que había convertido la casa de la sierra en su segunda residencia y era un hombre de peso en el pueblo aunque no viviera habitualmente allí. La gente había convivido con Irene, prácticamente la había visto nacer, al igual que a su hermano Álvaro. En ese momento todas las sospechas recayeron en el merodeador que espiaba a las chicas que se bañaban en las piscinas al atardecer y tras una dura investigación y las habladurías del pueblo, las miradas se posaron en Isidro Fontaner, el hombre que trabajaba en el camping y se ocupaba del mantenimiento arreglando todo lo que se estropeaba. La policía le interrogó cuando César aseguró haberle visto por las cercanías del puente romano esa noche. Se encontraron en su casa las prendas íntimas robadas a las chicas del camping, incluidas las que le faltaban a Irene en el momento en que fue encontrada muerta y se le detuvo como presunto autor de dos asesinatos.

Isidro Fontaner fue encarcelado a pesar de que las pruebas podrían haber sido rebatidas por un buen abogado y él juraba y perjuraba que no había matado a esas chicas, pero nadie le creyó y la ropa interior de Irene encontrada en su casa fue la pieza clave para sentenciarle como asesino.

El camping se cerró y el pueblo entero quedó sumido en una especie de shock del que tardaría muchos años en recuperarse. Las leyendas que hablaban de fantasmas que aparecían en la vieja casa abandonada de la colina fueron sustituidas por las historias contadas a media voz sobre el acosador que espiaba a las chicas jóvenes para violarlas y matarlas.

Para Laura, la muerte de Irene fue un mazazo. De golpe se sintió perdida y sola, ya no tenía a su mejor amiga, prácticamente a su hermana ya que con Miriam no tenía mucha relación, a veces era más una conocida que una hermana, pero Irene... no podía creer que no volvería a ver su pelo corto y ondulado que en ocasiones le hacía parecer un muchacho, ni su sonrisa traviesa y tenaz. Ya no volverían a escribirse cartas cuando ambas estaban en Madrid y no se veían algunos fines de semanas. Todos sus secretos, ilusiones, anhelos y esperanzas en el futuro habían muerto con Irene, claro que ella no era la que más había perdido: Irene ya no tendría nunca un futuro, ni una vida. Ella había muerto con dieciséis años, nunca llegaría a conocer el amor, a tener hijos..., claro que tampoco conocería la desgracia, el desamor, los problemas... permanecería como una eterna adolescente hasta el fin de los tiempos y Laura no sabía si eso era bueno o malo.

—¿Cuánto crees que podría pedir por la casa?— las palabras de Álvaro la sacaron de sus recuerdos.

—¿Qué? Ah... pues...— Laura miró a su alrededor intentando que la subjetividad no influyera en su valoración—. No soy un perito pero es una casa grande y está bien situada, el pueblo tiene fácil acceso ahora que las carreteras se han modernizado. Tiene tres plantas: principal, segunda y ático, además de piscina, garaje y sótano. Imagino que no ha habido ninguna reforma, ¿no?— enumeró de manera profesional echando un vistazo a su alrededor.

—Nada en absoluto— confirmó Álvaro apoyándose en un mueble con los brazos cruzados.

—Creo que se podría pedir una buena cantidad pero no sé si cubriría tus expectativas, ahora no es buen momento para venderla. Te lo digo sinceramente, si tus padres no necesitan el dinero urgentemente podrían esperar unos años.

Álvaro la miró con gesto risueño.

—No creo que tu jefe aplaudiera tu sugerencia.

Laura lo sabía y sonrió a su vez. Dio unos cuantos pasos por el salón. El sol entraba por la ventana y se reflejaba en su cabello castaño llenándolo de matices.

—En confianza...— dijo volviéndose hacia él—, el comprador intenta aprovecharse de la situación y cree que podrá tener esta casa por muy poco. Yo no la vendería— confesó ella cruzándose también de brazos.

—Es una tontería mantenerla, nunca venimos aquí— dijo con un suspiro— ¿quieres ver el resto? aunque imagino que lo recordarás perfectamente.

Ella asintió y ambos se dirigieron hacia la escalera. Laura contempló la espalda de Álvaro mientras ascendían, le parecía extraño estar de nuevo allí y con él. Había sido su amor platónico durante años y cuando era niña esperaba ansiosamente que llegara el fin de semana para ir al pueblo y poder verle. Sus esperanzas amorosas se habían visto frustradas el año anterior a la muerte de Irene, cuando se dio cuenta de que debía estar saliendo a escondidas con Miriam. Nunca olvidaría el dolor que sintió en el pecho aquel viernes cuando vio a su hermana introducirse en el mercedes gris a la salida del colegio, probablemente Álvaro se lo había cogido prestado a su padre porque él acababa de sacarse el carné de conducir y querría lucirse con Miriam llevándola a dar una vuelta. Ella se quedó con su uniforme y cara de tonta a la puerta del colegio del Sagrado Corazón de Jesús.

Había intentado sonsacar a su hermana días después, pero ella se mantenía silenciosa y con una mirada pícaro en el rostro, estaba claro que guardaba un secreto, ¿pero por qué no decirlo? A ella siempre le había gustado presumir de sus conquistas.

—Esta casa siempre ha sido preciosa— aseguró Laura mirando las habitaciones. Estaba todo bastante dejado y era normal que necesitara algunas reparaciones— ¿Tus padres tampoco vienen nunca?

—Mis padres se divorciaron— anunció él abriendo las ventanas para que se airearan las habitaciones—, unos meses después de lo de Irene— se sacudió el polvo de las manos. Era evidente que no daba mucha importancia a la separación—. Mi madre vive en la casa que teníamos en Madrid y mi padre alquiló un apartamento en Paseo de la Habana.

—¿Sigues dando clase como psicólogo en la Facultad?

—Por supuesto— dijo con una sonrisa—, le encanta su trabajo— añadió con ironía no exenta de cierto desprecio.

—¿Por qué dices eso?— preguntó Laura siguiéndole hasta otra habitación e intuyó algo extraño en sus palabras. Recordaba a Cristóbal Torres como un hombre maduro al que le encantaba su trabajo, carismático y con una gran profesionalidad, muy sociable y campechano. Muchos domingos habían comido con los Torres en su casa, haciendo barbacoas y disfrutando de la piscina, le consideraba un hombre con una gran personalidad y sonrisa franca. Le gustaba fumar cigarros aromatizados y a ella le parecía muy sexy la manera que tenía de exhalar el humo mientras apoyaba el codo en el respaldo de la silla y hablaba de política, economía o psicología. Puede que por ese motivo hubiera ella empezado a fumar: por el aire cosmopolita y de seguridad en sí mismo que emanaba de Cristóbal Torres, a pesar de que era mayor que su padre.

—Bueno... mi padre siempre ha tenido predilección por la docencia. Le encantaba tener a sus alumnos pendiente de sus palabras, en especial a sus alumnas a las que ofrecía seminarios particulares para subir nota— dijo significativamente clavando sus ojos verdes en los castaños de Laura.

—Ya veo...— de manera que se trataba de eso...

A Laura no le costó imaginar a las jovencitas detrás del maduro y seductor profesor, ansiosas por aprender más, y según intuía de las palabras de Álvaro, Cristóbal Torres estaba encantado de poder enseñarles todo lo que sabía. Incluso su propia esposa era varios años menor que él.

—Imagino que mi madre no pudo aguantar más. Hasta ese entonces había callado, ya sabes, porque los niños eran pequeños, el qué dirán y todo eso... pero después de lo de Irene decidió romper con todo.

La siguiente habitación en abrirse fue la de Irene y Laura se quedó en el umbral sin atreverse a entrar.

—Está igual...— murmuró con asombro.

—Sí, no se tocó absolutamente nada— corroboró Álvaro.

El cabecero de madera, los posters en las paredes de Durán Durán y los Backstreet Boys, la caja de música... incluso los libros y los discos.

—Aquí lo pasasteis muy bien las dos, ¿verdad?

La joven asintió sin poder hablar. Había abandonado aquella habitación siendo una niña de dieciséis años y había vuelto convertida en una mujer de treinta y uno. Sentía que le faltaba algo, no estaba bien que ella estuviera allí de esa manera, por un momento quiso volver a ser la muchacha de las trenzas y el flequillo, la muchacha en la que nadie se fijaba. Inconscientemente esperaba que Irene apareciera de un momento a otro con sus pantalones vaqueros cortos, su cabello despeinado y sus ojos verdes como los de su hermano que lucían casi transparentes cuando les daba la luz del sol.

Una llamada telefónica interrumpió el hechizo.

—Discúlpame— dijo él saliendo al distribuidor y dejándola sola en la habitación de su hermana.

Laura se acercó a la ventana. Desde allí podía divisar la casa de sus abuelos al frente y las de sus vecinos. Un poco más arriba se perfilaba el sendero que conducía a la ermita de la Virgen de la Gruta y la casa abandonada de la colina

en la que se contaba que las noches de luna llena se podía ver el fantasma de una joven de cabello rojo de cuyo pecho manaba sangre.

Sintió un frío repentino a pesar del calor de finales de julio, tal vez fuera un estremecimiento pero el estar de nuevo en el pueblo, en la habitación de Irene que permanecía exactamente igual, le producía una extraña sensación, como si no hubiera pasado el tiempo, como si todo estuviera reciente.

—Gloria— dijo Álvaro a su espalda entrando nuevamente.

—¿Cómo?

—Gloria, mi ex mujer— explicó él—. Al parecer este fin de semana tendré suerte y podré ver al niño— dijo en tono irónico.

—Me alegro mucho. Seguro que es un niño muy guapo— sonrió con benevolencia.

—Mucho, y muy travieso— aseguró él.

Laura sonrió al imaginar a un pequeño con los mismos ojos verdes de su padre y el pelo rubio tostado. En ese instante añoró no tener hijos pero fue una sensación pasajera, para eso debería tener primero una pareja estable y eso sólo podría conseguirlo acabando con la dependencia de Miguel.

—¿Por qué no te has casado?— le preguntó Álvaro repentinamente mirándola intensamente— no creo que te faltaran candidatos.

La joven se ruborizó.

—No he tenido mucha suerte con los hombres— dijo mientras intentaba encender un cigarro—. Cuando algún chico venía a casa se olvidaba rápidamente de mí— confesó con un suspiro mientras volvía a guardar el tabaco, sabía que tenía que dejarlo.

—Imagino que Miriam haría de las tuyas, ¿no?

—Miriam es muy guapa— Laura no quería dar la impresión de estar celosa de ella.

—Si, lo era y me imagino que lo seguirá siendo pero es...— Álvaro intentaba encontrar la palabra adecuada— fría.

—¿A qué te refieres? — preguntó extrañada pues suponía que su hermana era de todo menos fría.

—No creo que sintiera amor por nadie, por lo menos en aquella época. Creo que sólo quería ser admirada, ser la más deseada, ser el centro de atención...

—Vaya, hablas como un psicólogo— bromeó ella— ¿en serio que eres arquitecto?

Álvaro sonrió.

—Sí lo soy. Bueno...— dijo mirando a su alrededor un tanto azorado— ¿qué más quieres ver?

—La piscina— dijo ella animadamente. Allí había pasado tardes estupendas con Irene y mirando de reojo a Álvaro que escuchaba música con sus amigos en el otro extremo mientras que sus miradas se cruzaban de vez en cuando.

Estaba vacía. Tan sólo la hojarasca, algunas ranas y un poco de agua sucia completaban su aspecto desolador de abandono.

—Es una pena...— dijo ella apuntando mentalmente los detalles.

—Esto la devalúa, ¿no?

—No lo decía por eso pero me cuesta ver tu casa así... podrías intentar arreglarla y alquilarla, así no te desprenderías de ella. Tal vez te arrepientas cuando la vendas, podrías venir aquí con tu hijo, ¿no te parecería fantástico pasar los fines de semana de verano en esta piscina? Han pasado muchos años y tal vez podríamos llegar a olvidar...

El joven contempló el rostro ovalado de Laura, sus ojos inmensos de color caramelo que tantas veces había buscado cuando era adolescente, su cuerpo como un junco flexible. A pesar de ser tres años mayor que ella y ser simpático y tener multitud de amigos, siempre se había sentido avergonzado cuando se encontraba con la amiga de Irene. Su aire reservado y tímido parecía haberle contagiado. Por aquel entonces él tenía diecinueve años y ella dieciséis y apenas habían cruzado algunas frases. Le avergonzaba que le gustara la amiga de su hermana, ¿qué dirían sus amigos?, ¿gustarle Laura estando Miriam?,

¡qué tontería! A menudo el querer formar parte del grupo exigía perder la propia personalidad. Ahora sin embargo todo era diferente, habían pasado quince años y esos recuerdos le parecían tan lejanos como la luna, pero Laura seguía pareciéndole una preciosidad oculta bajo la sombra de su hermana Miriam, ¿seguiría ella sintiéndose el patito feo?

—No, no podemos olvidar— dijo el hombre con pesar. Se había aflojado el nudo de la corbata mientras se dirigía a la entrada de la casa.

—Ya han pasado quince años— dijo Laura siguiendo sus pasos—, todos deberíamos hacerlo.

Álvaro detuvo sus pasos, se dio la vuelta y la contempló.

—¿Y tú por que no lo has hecho?, ¿por qué no has vuelto a la casa de tus abuelos?

—Ya te lo he dicho, empecé en la Universidad y luego el trabajo...— se excusó ella.

Él negó con la cabeza.

—En quince años tu familia no ha vuelto ni una sóla vez. Tu abuela es la única que pertenece a este lugar. Ella me dijo que tu familia no había vuelto desde entonces.

—¿Has hablado con mi abuela?— se extrañó ella.

—Sí, es una mujer muy agradable. Aún recuerdo sus estupendas meriendas cuando tu padre me daba clases de matemáticas.

—Bueno, es cierto. No he vuelto pero quizás eso signifique que ya he pasado página— dijo sin mucho convencimiento.

—No lo has hecho— dijo con una sonrisa mientras acercaba su mano al escote de Laura y para su asombro acariciaba el colgante con forma de media luna que pendía de su cadena—. Recuerdo muy bien ese colgante, lo compraste un verano durante las fiestas de la Virgen de la Gruta. Tú compraste esa media luna e Irene compró una estrella.

Laura se sobresaltó por el contacto de sus dedos y porque aún recordara aquel colgante.

Era cierto. A Irene y a ella siempre les había gustado acampar cerca de las piscinas naturales, en el bosque, sobre todo durante la lluvia de estrellas a finales de julio.

—¡Mira!— señalaba Irene con los ojos tremendamente abiertos mientras su dedo intentaba seguir a las perseidas, o “lágrimas de San Lorenzo” como se las conocía. Parecía poseída por un estado de total hipnosis y Laura podía ver reflejadas las estrellas en sus pupilas verdes. Ambas intentaban pedir un deseo esperando que se cumpliera. No sabía exactamente lo que pediría Irene, pero ella concentraba todo su anhelo en un solo deseo: “que Álvaro se fije en mí” Después, como siguiendo un ritual, las dos se bañaban desnudas en las piscinas naturales.

—Estamos en comunión con la Naturaleza— susurraba divertida Irene mientras su cuerpo desnudo aparecía y desaparecía entre la negrura de las aguas de la poza— ¿No te parecen las estrellas lo más maravilloso del mundo?— preguntaba con su sonrisa traviesa.

—Prefiero la Luna— contestaba soñadora Laura.

—¿Por qué?

—Es más grande y da más luz y siempre está quieta— explicaba Laura encogiéndose de hombros.

—¿Qué quieres decir?— preguntaba extrañada su amiga.

—Me da más seguridad saber que está ahí quieta, como siempre y que no va a caer de un momento a otro— explicaba una Laura adolescente con los labios temblorosos por el frío del agua.

Irene se mordía los labios pensativamente. La luna era bonita, a ella se le antojaba como un enorme vaso de leche, pero era siempre igual, más o menos grande, más o menos entera. Ella prefería las estrellas, el movimiento, la sorpresa... su vida iba a ser como esas estrellas.

Ese verano se gastaron sus ahorros y compraron en la verbena los dos colgantes: una luna y una estrella de plata. Juraron que nunca se los quitarían y Laura cumplió su promesa.

—¿Sabes que nunca lo encontraron?— preguntó Álvaro con mirada nostálgica, aún con el colgante de plata de Laura entre sus dedos.

—¿El qué?— preguntó desconcertada.

—El colgante con forma de estrella de Irene.

—¿No?, ¿cómo es posible? Estaría entre las cosas de Isidro Fontaner cuando registraron su casa, al igual que encontraron su...— calló antes de mencionar su ropa interior.

—No, yo mismo le pedí a la policía que nos lo devolvieran pero me dijeron que no lo habían encontrado— Álvaro dejó caer la luna de plata sobre el pecho de Laura.

—Qué extraño...

—Bueno, en realidad eso ya da igual y esta casa tendrá que venderse.

Los dos atravesaron el jardín dejando atrás la piscina vacía y Álvaro cerró la reja con llave tras salir.

—¿Estás completamente seguro?

—Hasta ahora no lo tenía muy claro pero les diré a mis padres que ahora tenemos que hacerlo de una vez por todas.

Volvían a sentir el calor. Laura sacó sus gafas de sol para protegerse de la hiriente luz.

—¿Por qué ahora precisamente?— preguntó mientras apartaba con la mano unos insectos que zumbaban a su alrededor.

Él la miró como si le costara imaginar que ella no sabía nada.

—¿Es que no te has enterado?— preguntó mientras la miraba fijamente— Isidro Fontaner está en libertad, su abogado consiguió que se revisara la sentencia, tenía informes de buena conducta, colaboraba con proyectos en la

cárcel y se acogió a la política penitenciaria de reducción de condena a cambio de trabajos sociales, en fin... un preso modelo— enumeró con desprecio.

—Pero, pero... no es posible— Laura no daba crédito a lo que estaba escuchando, ¡Isidro Fontaner libre!

—Eso no es lo más grave— prosiguió con una sonrisa irónica—, está viviendo aquí. Es mayor y no tiene otro sitio más que su pequeña casa. Nadie puede obligarle a marcharse de allí.

—Pero se podría pedir una orden de alejamiento— sugirió Laura.

—¿Alejamiento de quién? La familia de la primera chica que mató es de Soria, no viven aquí y en cuanto a nosotros... ni estamos empadronados ni venimos aquí nunca. El juez ha dado el visto bueno.

Laura detuvo su camino, habían llegado de nuevo a la fuente y se apoyó en ella. No podía ser que estuviera ocurriendo todo aquello.

—¿Y qué dice la gente del pueblo?

Álvaro se encogió de hombros mientras tomaba asiento a su lado. Los dos se sentían descorazonados.

—¿Qué van a decir? Imagino que no les gustará pero no pueden hacer nada, probablemente si Isidro no se siente cómodo terminará por marcharse. Además ahora las cosas se le pondrán difíciles, van a reabrir el camping.

Laura parpadeó tras sus gafas oscuras. Todas las noticias le llegaban de pronto.

—¿Por qué ahora?— se extrañó.

—Porque la crisis está afectando gravemente a Espinar de la Jara y no pueden permitirse el lujo de obviar que el camping es una importante fuente de ingresos. El alcalde llamó a mi padre y le preguntó su opinión.

—¿Y qué le dijo?

—Mi padre accedió, no puedes condenar a un pueblo entero a la ruina sólo porque un loco mató a dos muchachas.

Laura miró al horizonte que se empinaba hacia las montañas entre senderos serpenteantes. La casa abandonada de la colina se distinguía como una atalaya

entre la floresta, y más atrás las montañas atravesadas por grutas y arroyos subterráneos, como un queso de gruyere, preservaban la ermita de la Virgen de la Gruta.

—Me ha alegrado mucho verte, Laura— dijo Álvaro mirándola con complacencia.

—A mí también, creí que nadie se acordaría de mí en este pueblo— admitió ella bajando la cabeza. Durante años había imaginado que con el paso de los años, Álvaro se enamoraría de ella, pero sus ilusiones se rompieron aquel último verano.

—Pues estás equivocada, ¿qué hora es?— preguntó levantándose del poyete— Es casi la hora de comer. Imagino que el restaurante seguirá abierto, ¿tomamos algo?

Era una oferta tentadora pero ella la rechazó con frustración.

—No puedo, quiero ver a mi abuela antes de irme y no quiero que se me haga de noche por el camino.

—Muy bien...— dijo él con un gesto que a ella le pareció de fastidio— pero deberíamos ponernos al día. Tal vez pudiéramos quedar un día para tomar algo, ¿qué te parece el sábado?

¿Le estaba ofreciendo una cita? No podía ser, ¿Álvaro Torres quería quedar con ella?

—¿No tenías este fin de semana a tu hijo?— le preguntó.

—Es cierto, lo había olvidado— masculló con una confusión que a Laura le hizo sonreír. Si le hubiera invitado a tomar algo hacía quince años se hubiera desmayado de la emoción y ahora ¿qué había hecho?, ¿decirle que tenía que ver a su abuela y recordarle que él había quedado para estar con su hijo? Estaba claro que era una estúpida, cualquiera en su lugar habría accedido de inmediato, aunque tal vez no se tratara de una verdadera cita sino simplemente, como él había dicho, “ponerse al día”.

—Bueno, me pondré en contacto contigo en cuanto tenga una valoración de la casa. Procuraré que sea un precio ajustado— dijo ella con seguridad.

—Bien.

Se quedaron durante unos segundos sin saber qué decir hasta que un joven que conducía un quad a toda velocidad pasó junto a ellos levantando una gran polvareda.

—¡Dios Santo!— exclamó Laura volviendo la cara para evitar que la arena entrara en sus ojos— ¿es que esas cosas también están de moda aquí?

—Es una zona muy buena para los amantes del deporte y en especial motos y quads— le informó él— Bueno, me marchó. Espero tu llamada.

Laura le vio introducirse en su coche y tras despedirle con la mano emprendió el camino de regreso. La joven se quedó allí sudando bajo un sol de justicia y escuchando el insistente canto de las chicharras. No sólo ella había cambiado, también el pueblo, y no se refería a su aspecto, sino a su esencia. El hecho de que Isidro Fontaner viviera allí le daba escalofríos. Se introdujo en su propio coche, puso el aire acondicionado al máximo y se dirigió a la casa de su abuela Mercedes.

La pequeña carretera serpenteaba entre los enormes árboles. Aunque la casa de sus abuelos no distaba demasiado de las de las otras casas de “La Jara”, no pertenecía a ella, era más antigua. Sus abuelos habían nacido en el pueblo y allí habían vivido siempre. Su abuela era maestra retirada y era querida y conocida por todos en el pueblo. Cerca de la casa se encontraban un par más, una era la del escritor del pueblo, un hombre de la edad de sus padres que se había decidido a comprar una casita allí y se dedicaba a escribir novelas de misterio. Ella apenas lo conocía aunque tenía un par de libros suyos, quería recordar que se instaló allí el último verano que pasaron en el pueblo. Laura pensaba que Espinar de la Jara era un buen lugar para inspirarse, para dejar volar la imaginación a otros mundos. Más arriba, ya casi lindando con el camino hacia la montaña, estaba la casa abandonada donde se decía que habitaba un fantasma, y la casa de los ingleses, tal como se la conocía porque allí se había establecido una familia de ingleses, aunque ahora no sabía si alguien la habitaría, la madre se había marchado a Londres y el hombre se había quedado

allí con su hija Alison pero, ésta no quiso permanecer allí, no le gustaba la vida serena del pueblo, lo encontraba “bored”, tremendamente aburrido, y un buen día se marchó.

Según su abuela, Celia era la única amiga de Alison y probablemente después del accidente no quisiera continuar allí. Todo el mundo imaginaba que se había marchado con su madre y la casa de los ingleses quedó reducida a la casa del inglés, un hombre muy educado que bajaba al pueblo lo justo para comprar lo que necesitaba, se pasaba el día en el jardín de su casa o leyendo. Cerca de allí estaba el viejo cobertizo, que no era más que un pequeño almacén en el que ella e Irene se encerraban para contarse sus secretos, y un poco más arriba, casi metida en el bosque se encontraba la casa de Isidro Fontaner.

Todas aquellas historias volvían a la mente de Laura como pasajes de un libro antiguo, ella no había conocido a Alison, o por lo menos no la recordaba, debía ser de la edad de su tía Celia e imaginaba que aquella rebelde joven sería ahora una esposa responsable en la ciudad del Thamesis, aunque nadie supo si Alison había conseguido llegar a Londres o su rebeldía la llevó a recorrer otras ciudades.

Durante aquel pequeño recorrido recordó las veces que iban a pasar las Navidades allí. En su memoria infantil habían quedado grabadas a fuego las imágenes del paisaje invernal cubierto por una espesa capa de nieve que brillaba al contacto con los faros. Recordaba que el gorro que su madre le ponía le picaba en el cuello y no paraba de rascarse durante todo el camino y luego tenía ronchas. Era un recuerdo que le hacía experimentar un cosquilleo en la boca del estómago, el saber que después de aquel viaje entre la nieve y el frío desde su casa de la calle Goya en Madrid, les esperaba el fuego reconfortante de la chimenea del salón de sus abuelos y el olor a abeto.

No podía quejarse de la vida que había tenido, había sido muy agradable, con unos padres amorosos y una existencia acomodada. Todo hubiera sido perfecto si Miriam fuera de otra manera, pero eso no lo podía cambiar nadie.

Los adornos de Navidad de las otras casas complementaban el atrezzo invernal del pueblo y ella se sentía encantada en aquellas fechas. El ponerse el pijama de franela y meterse en las mullidas camas mientras su abuela les leía un cuento, el olor a la canela de la cocina, la reunión familiar con su tía Celia y su tío Diego con su mujer y su hijo César, los villancicos, el ponche caliente, los regalos y los brindis. Eran unas fechas que añoraba enormemente porque lo había pasado estupendamente jugando con la nieve, patinando, atisbando a Álvaro desde la ventana y viendo como probaban el trineo casero que habían construido... hasta que Celia tuvo el accidente y ya las celebraciones navideñas fueron diferentes y luego ocurrió lo de Irene y las celebraciones en general desaparecieron.

Laura aparcó el coche frente al muro de la entrada y sonrió al comprobar que el enorme cerezo se mantenía en su sitio como un viejo centinela. Tocó la campanilla para avisar de su llegada. No le había dicho nada a su abuela y esperaba que fuera una sorpresa. Esperó ansiosamente y cuando escuchó el ruido producido por la apertura de la puerta sintió un cosquilleo nervioso.

El afable y agradable rostro de una mujer de casi ochenta años se perfiló entre la maraña de la enredadera que conformaba el arco de la entrada. Al principio sus ojos escudriñaron al visitante pero al momento se agrandaron por el asombro.

—¡Laura!

—¡Hola abuela!— dijo alegremente la joven inclinándose para abrazar a la anciana.

—¡Qué alegría!, ¿cómo es que has venido?, ¿por qué no has avisado?, ¿ha pasado algo?

—No, tranquila, no ha pasado nada, ¿es que no puedo hacerte una visita? Ambas seguían abrazadas mientras accedían al jardín que llevaba a la casa.

—Claro que sí pero me ha extrañado, hace años que no vienes por aquí y sólo nos vemos en Navidad cuando Miriam me lleva a Madrid, ¿cómo estáis?

—Bien, como siempre.

—¿Las niñas, Miguel?— la abuela Mercedes hizo un cuestionario sobre la salud familiar.

—Todos bien, tranquila. ¿Me invitas a comer?

—Por supuesto pero si me hubieras avisado con más tiempo hubiera preparado algo especial.

—No te preocupes, haz cualquier cosa.

“Cualquier cosa” consistió en un estupendo pisto con verduras que la propia Mercedes cultivaba en el pequeño huerto trasero que, junto con el precioso invernadero, era su máxima afición. Al pisto se unieron un par de huevos fritos y una porción de tarta de moras.

—Hummm— Laura saboreó con deleite la exquisita tarta mientras le llegaba el aroma de las plantitas aromáticas, distribuidas estratégicamente en las dos ventanas, mezclado con el difuso olor a disolvente que su abuela empleaba para limpiar los pinceles ya que pintar era otra de sus aficiones además de la jardinería. En ese momento decidió que tenía que visitar más a menudo a su abuela.

—Ahora cuéntame qué es lo que te ha traído por aquí— dijo Mercedes apoyando la cabeza en la mano y mirándola con atención.

Se encontraban en la amplia cocina de muebles claros donde habían pasado muchas tardes resguardándose del calor. Laura recordaba el frescor de la encimera cuando apoyaba su cara en ella siendo pequeña y veía a su abuela Mercedes amasar la masa para hacer las galletas.

—Me mandaron de la inmobiliaria porque yo conocía la zona y hay una posibilidad de vender una de las casas de La Jara, ¿y a qué no sabes de quién era?

—¿De quién?— preguntó la anciana intrigada.

—De Cristóbal Torres, bueno, más bien de su hijo Álvaro. Fue con él con quién me encontré.

—De manera que al final van a venderla...

—Creo que sí. Me dijo que... Isidro Fontaner está viviendo aquí de nuevo— dijo Laura levantándose y dejando el plato y la cucharilla en el fregadero— ¿por qué está aquí?

—Imagino que no tiene otro sitio a dónde ir— respondió con voz cansada levantándose a su vez.

—Pero es algo... malvado— dijo con un escalofrío— ¿tú qué opinas?

—Bueno...— la anciana comenzó a fregar los platos a pesar de las protestas de su nieta— Isidro ha pasado años en la cárcel, ha cumplido su condena.

—Sí, pero moralmente no debería haber vuelto al pueblo donde causó tantas desgracias y precisamente ahora que van a reabrir el camping.

—¿También te has enterado de eso?

—Sí, Álvaro me lo dijo.

—Parece que habéis tenido una interesante charla Álvaro y tú— sonrió beatíficamente—. Recuerdo cuando erais niños y tú estabas totalmente enamorada de él.

—¿Cómo sabes eso?— preguntó Laura dando un respingo.

—Cariño, se notaba a la legua, se te iban los ojos detrás de él.

—Vaya...— dijo con gesto contrariado.

—En fin... han pasado quince años, hay cosas que no podrán olvidarse jamás. Nadie en el pueblo ve con buenos ojos que Isidro Fontaner esté aquí de nuevo pero, ¿qué se puede hacer? Nada en absoluto. Lo que lamento es que los Torres vendan la casa, aunque en realidad sólo Álvaro venía un par de veces al año a echar un vistazo. Lo que pasó fue una verdadera lástima...— comentó con los ojos llenos de tristeza— dos muchachas asesinadas en la flor de la vida... pobre Irene...

Durante unos segundos permanecieron en silencio hasta que el teléfono fijo de la anciana sonó y ella se dirigió cansadamente para contestar.

Mientras lo hacía, Laura se dedicó a observar a su alrededor. Le encantaba esa cocina, siempre estaba fresca por la sombra que le otorgaba un gigantesco cerezo que su abuelo había plantado en el exterior, y se olía a naturaleza fresca y jugosa. Oía hablar a su abuela y ella se sentó nuevamente en la silla de la

cocina con los ojos cerrados. Se hubiera podido dormir una siesta en aquella posición.

—¡Cielo! Es Miriam, quiere hablar contigo.

Laura abrió los ojos y se levantó, ¿qué querría su hermana?

—Hola, ¿qué tal? — saludó de manera automática cuando se puso el pesado auricular en la oreja.

—Hola, ¿qué haces allí? Nunca vas al pueblo— le preguntó Miriam con un deje de preocupación en su voz.

En la mente de Laura se formó la imagen de una mujer dos años mayor que ella, con el cabello rubio, ojos almendrados y sugerentes, una bonita y desdeñosa boca y una mirada provocativa. Todo lo contrario a ella.

—Ha sido por trabajo.

—Eso me ha dicho Miguel, dice que ayer se encontró contigo por casualidad pero me resulta raro, dice que no tenías buen aspecto.

“¡Qué cabrón!” pensó Laura. Miguel se permitía el lujo de jugar de aquella manera con las dos, seguro que disfrutaba imaginando su azoramiento.

—Sí, bueno, me dolía la cabeza, nada sin importancia. He venido para vender una casa.

—Vale, bueno, te dejo. Las niñas me están volviendo loca. Dale un beso a la abuela.

Cuando colgó, Laura frunció el ceño y volvió a la cocina.

—Tu hermana se preocupa mucho por mí— comentó la anciana mientras desgranaba guisantes.

—Eso está bien...— murmuró la joven sin prestar demasiada atención a lo que escuchaba.

—¿Te ocurre algo?

—No, no. Nada.

—¿Por qué no te quedas el fin de semana conmigo?

Dudó durante unos segundos pero al final declinó el ofrecimiento. El sonido estridente de un par de motos hizo que entrecerrara los ojos.

—No podría soportar escuchar ese ruido todo el tiempo— gruñó mientras contemplaba como la ensaladera se iba llenando de pequeños guisantes de un verde intenso.

—¡Jajaja! Pues te aseguro que es un buen negocio, a tu primo le va bastante bien y ahora que se va a abrir el camping de nuevo será un aliciente más.

—¿Esas motos y quads son de César?— preguntó sorprendida.

—Sí, se instaló el año pasado después de que su empresa cerrara. César es muy emprendedor y se ha encargado de promocionar el pueblo como atractivo turístico. Tiene buenos contactos en el ayuntamiento. Es el único que venía por aquí asiduamente. Vive en la casa de sus padres y su negocio de deportes de aventura va viento en popa, además es uno de los socios del proyecto del camping que se reabrirá en un par de semanas. Ha removido cielo y tierra para obtener los permisos.

—¿César está metido en el camping?— le parecía asombroso que su primo no tuviera ningún reparo en meterse en ese negocio viviendo lo que habían vivido hacía quince años, claro que César era un mundo aparte. Él era de “otra pasta” como solía decir su padre, algunas veces parecía que carecía de sentimientos o de corazón. A Laura aún le dolía la forma en que solía menospreciarla y cómo se burlaba de ella delante de todo el mundo. César había sido un niño malvado, un adolescente cruel y por lo que imaginaba, se había convertido en un adulto sin escrúpulos.

Laura estaba sorprendida por la cantidad de noticias que había recibido en apenas una mañana. La última vez que había visto a César había sido en las Navidades de hacía dos años, nunca habían tenido demasiada relación ni mostraban el mayor interés por la vida del otro. De manera que ahora vivía en Espinar de la Jara y tenía un negocio de deportes de aventura... bueno, siempre le habían gustado esas cosas, incluso fue el primero en pasearse en moto por

la sierra causando la admiración de todas las chicas. Se alegraba por él, porque viviera de lo que realmente le gustaba.

La abuela Mercedes le envolvió media tarta de moras en papel de aluminio y la despidió con un cálido beso en la mejilla.

—Me gustaría que vinieras algún día a verme, esto es muy bonito en verano.

—Siempre es bonito— suspiró Laura—, puede que me acerque algún fin de semana— prometió— pero tú también deberías bajar a Madrid.

—Ya lo hago, algunas veces Miriam viene y me lleva a ver a Celia.

—¿Y por qué no te quedas conmigo? Ahora que estoy sola en el piso de Goya podrías quedarte una temporada, lo pasaríamos bien— aseguró Laura.

La anciana movió la cabeza con una sonrisa.

—No podría vivir en Madrid con el tráfico y tanta gente. Necesito la tranquilidad y la naturaleza, no puedo abandonar mi invernadero— dijo con una sonrisa.

El invernadero de su abuela, junto con su pequeño estudio de pintura era su máximo orgullo. Cuidaba de las plantas con cariño y esmero y presumía de poder comer sus propias verduras y frutas.

Laura arrancó el coche que ahora estaba fresco pues había tenido la precaución de aparcar bajo una sombra, y emprendió el camino de regreso recorriendo de nuevo la estrecha carretera que llevaba a “La Jara” y de allí al pueblo. Estaba tan concentrada en no confundirse de carretera que no se percató de que un hombre de unos sesenta años, delgado, de mejillas hundidas y ojos brillantes la observaba desde un pequeño promontorio desde donde se accedía a las piscinas naturales. Escudriñó el interior del vehículo y reconoció a su conductora.

—Parece que todos volvemos al lugar del crimen...— murmuró entre dientes esbozando algo parecido a una sonrisa mientras entornaba los ojos para evitar que el sol los dañara.

Isidro Fontaner siguió con la mirada el coche de Laura hasta que se perdió de vista y luego él también se marchó.

Hacía unos meses que había vuelto al pueblo después de pasar casi quince años en la cárcel. Ahora por fin regresaba a Espinar de la Jara, a su pueblo, lo había esperado con ansiedad durante años imaginando el momento en que pudiera respirar de nuevo el aroma del romero, de los pinos del bosque, disfrutar con el sol en su rostro, escuchar el borboteo del río y contemplar a las jovencitas que se bañaban casi desnudas en las piscinas naturales.

Había vuelto, pero no sólo para vivir en libertad, tenía algo que hacer. Durante los años de prisión el odio y el deseo de venganza habían hecho mella en su alma como un clavo introduciéndose lentamente en una madera. El pueblo, que un día le acusó sin dudar un instante, tendría que soportar ahora su presencia allí como un recordatorio perpetuo de lo que había ocurrido, pero no sólo quería mortificar a Espinar de la Jara, quería vengarse y recordarles constantemente lo que había sucedido quince años antes

Para Isidro Fontaner la vida se movía en círculos, cíclicamente, igual que una estación da paso a otra y así siempre. El verano había vuelto y de la misma manera él también, el camping volvía a abrirse y todo volvía a ser como antes. Estaba convencido de que el círculo estaba a punto de cerrarse en cuanto todos los protagonistas estuvieran de nuevo allí y estaba seguro de que así sería.